

Alan Pauls	Jesús Zulaika Goicoechea
<p>Título: El pantano del terror 10.476 caracteres con espacios. 700 caracteres menos que Zulaika Goicoechea.</p>	<p>Título: Terror en el pantano 11.176 caracteres con espacios. 700 caracteres más que Pauls.</p>
<p>—Lo que te digo, Jep, es que si piensas meterte en ese bosque a buscar a ese presidiario has perdido la razón con la que naciste. El chico que habló era menudo y tenía la cara morena cubierta de pecas. Miraba impaciente a su compañero.</p>	<p>—Bien, pues te digo, Jep, que si te vas a meter en estos bosques en busca de ese presidiario no te queda ni pizca del buen sentido con que venimos al mundo. Quien hablaba era un chico menudo, de cara morena y pecoso, que miraba con ansiedad a su compañero.</p>
<p>Y no necesito ningún consejo de tu sucia boca.</p>	<p>Ni esa boca insolente, tampoco.</p>
<p>Lemmie, no te estoy pidiendo nada, y menos que me estés encima. Puedes regresar. Pete y yo seguiremos adelante y encontraremos a ese desgraciado, y luego iremos juntos, él y yo solos, y le diremos a toda esa gente que lo está buscando dónde está. ¿No es verdad, Pete? —y palmeó a un perro marrón canela que trotaba a su lado.</p>	<p>—Lemmie, no te pido que me digas lo que tengo que hacer, ni te pido que te pegues a mí como una lapa. Puedes volverte... Pete y yo vamos a seguir y vamos a encontrar a ese viejo buitre... Y luego los dos, él y yo, vamos a ir a decirles dónde está a los que lo están buscando. ¿Verdad, Pete, camarada? Dio unas palmaditas a un perro de color café y canela que trotaba a su lado.</p>
<p>El bosque estaba oscuro y silencioso. A veces un pájaro aleteaba o cantaba entre los árboles, y cuando se acercaba al río, ellos podían oírlo moviéndose rápidamente entre las rocas y las pequeñas cascadas. Sí, todo estaba realmente silencioso. Lemmie detestaba la idea de volver caminando solo hasta la salida del bosque, pero más detestaba la idea de seguir con Jep.</p>	<p>Los bosques estaban muy oscuros y silenciosos. A veces un pájaro revoloteaba o cantaba en los árboles, y cuando el sendero se acercó al riachuelo oyeron cómo la corriente fluía con rapidez sobre las rocas y las pequeñas cascadas. Sí, ciertamente, todo estaba demasiado silencioso. Lemmie odiaba pensar que tenía que volver solo hasta la linde exterior del bosque, pero la idea de seguir con Jep se le antojaba aún más odiosa.</p>
<p>—De acuerdo, vete, mariquita. Ojalá te agarre cuando estés cruzando el bosque solo.</p>	<p>—Sí, vuélvete, miedica... Espero que ese buitre te pille cuando estés volviendo por el bosque tú solo.</p>
<p>Siguieron caminando en silencio. Cada tanto Jep se detenía y se quedaba escuchando atentamente el bosque. Pero no oía el menor sonido que indicara la presencia de alguien que no fuera él. A veces llegaban a un claro tapizado de suave musgo verde y sombreado por altos árboles de magnolias cubiertos de grandes flores blancas que olían a muerte.</p>	<p>Siguieron caminando en silencio. De cuando en cuando Jep se detenía y escuchaba atentamente los sonidos de la espesura. Pero no alcanzaba a oír nada que indicara más presencia hollando el bosque que la suya. A veces llegaba a un claro con el suelo cubierto de suave musgo verde, bajo la sombra de grandes magnolios llenos de enormes flores blancas... con olor a muerte. (La pausa literaria con los puntos suspensivos)</p>
<p>Contempló las copas de los árboles, entre las que cada tanto aparecían unos parches azules. Estaba tan oscura esa parte del bosque. Casi como si fuera de noche. De pronto oyó un</p>	<p>Miró a lo alto de las copas de los árboles, y aquí y allá vio retazos de azul. Estaba tan oscuro en aquella parte del bosque... Prácticamente parecía de noche. De pronto oyó</p>

zumbido.	una especie de runrún.
Se dio vuelta: una gran serpiente se preparaba para atacar por segunda vez. Jep saltó lo más lejos que pudo, tropezó y cayó boca abajo. ¡Dios, era el fin! Se obligó a mirar a su alrededor, esperando ver a la serpiente girando en el aire hacia él, pero cuando sus ojos pudieron hacer foco no encontraron nada.	Se volvió y allí estaba: una gran serpiente de cascabel en posición de atacar de nuevo. Jep saltó todo lo lejos que pudo, trastabilló y cayó de bruces. ¡Oh, Dios! ¡Era el fin! Forzó los ojos para mirar en torno, convencido de que la serpiente rasgaba ya el aire para caer sobre él, pero cuando su mirada enfocó por fin vio que no había nada
Saltó y empezó a buscar el perro frenéticamente. Cuando lo encontró, Pete había rodado hasta una zanja rojiza y yacía muerto en el fondo, tieso e hinchado. Jep no lloró; estaba demasiado asustado para eso.	Se levantó de un brinco y se puso a buscar frenéticamente a su perro. Cuando lo encontró, vio que Pete había rodado por una barranca roja y yacía muerto en el fondo, todo rígido e hinchado. No gritó; estaba demasiado asustado para poder hacerlo.
«¿Cómo hará ese presidiario para permanecer aquí?», pensó. «Oh, Dios, ¡el presidiario! Me había olvidado de él. Debo salir de este lugar».	«¿Cómo podrá ese viejo aguantar todo esto? —pensó—. ¡Oh, Dios mío, el presidiario! Me había olvidado de él por completo. Tengo que salir de aquí.»
Abrazó el tronco del árbol con sus pequeñas, fuertes piernas, y empezó a impulsarse hacia arriba, palmo a palmo. Trepaba dos pies y bajaba uno.	Se aferró al tronco con sus piernas pequeñas y fuertes, y empezó a impulsarse hacia arriba, pulgada a pulgada. Subía medio metro y resbalaba la mitad
Después de un rato siguió subiendo y trepando, rama tras rama. El suelo se alejaba más y más.	Al poco reinició el ascenso, rama a rama. La tierra se alejaba más y más.
El silencio era tal que no oía los grillos ni la serenata nocturna de las ranas. No, todo era silencio y miedo y misterio. ¿Qué era eso? Saltó, asustado; oyó voces que se acercaban; ¡estaban casi debajo de él!	El silencio era tal que ni siquiera se oía la serenata nocturna de los grillos ni de las ranas toro. No, todo era silencioso, aterrador y misterioso. ¿Qué había sido aquello? Dio un respingo; oyó voces; se acercaban. ¡Estaban casi al pie del árbol!
Pero luego oyó una de las voces que gritaba, débil y asustada: «¡Basta! ¡Oh, por favor, déjeme ir! ¡Quiero ir a casa!».	Pero entonces oyó que una de las voces, minúscula y asustada, gritaba: —¡ No! ¡Oh, por favor, por favor, deje que me vaya! ¡Quiero irme a casa!
Podía oír el sollozo asustado de Lemmie. Ahora sus voces eran nítidas; estaban prácticamente debajo del árbol.	Oyó los sollozos aterrados de Lemmie. Sus voces eran ahora claras; estaban casi al pie del árbol.
El presidiario seguía de pie. Era grande y musculoso. Jep no pudo verle el pelo; lo tenía cubierto con un enorme sombrero de paja, uno de los que llevan los presidiarios cuando trabajan en grupo, encadenados.	El presidiario seguía de pie. Era grande y de músculos abultados. Jep no pudo verle el pelo; se lo tapaba un enorme sombrero de paja, del tipo del que los reos llevan en las cuerdas de presos.
—Oh, maldito seas — el presidiario abofeteó a Lemmie, que sufrió un nuevo ataque de	—Maldita sea. El presidiario le dio una bofetada a Lemmie y

histeria.	éste volvió a echarse a llorar aparatosamente.
Si sólo tuviera algo pesado, podría arrojarlo sobre la cabeza del presidiario y dejarlo seco. Pero no tenía nada.	Si al menos tuviera algo muy pesado... Podría tirarlo a la cabeza de aquel hombre y dejarlo fuera de combate. Pero no tenía nada.
Y examinó el cielo a través de las copas de los árboles.	Escrutó el cielo a través de las copas de los árboles.
Sostenía a Lemmie en el aire como una bolsa de papas. Luego, de pronto, lo dejó caer. «¡Deja de llorar!», le gritó.	Sostenía a Lemmie a media altura del suelo , como si fuera un saco de patatas. Y de repente lo soltó. —¡Deja de llorar! —le gritó.
Oyó un chasquido de ramas y matas arañadas . Desde donde estaba sentado pudo ver qué era . Diez hombres cerraban un círculo alrededor del claro. Pero el presidiario sólo podía oír el ruido. No estaba seguro de qué sucedía; sintió pánico.	Oyó como ramitas quebrándose en la tierra y arbustos apartados con brusquedad . Desde donde él estaba se podía ver qué era lo que se acercaba . Eran diez hombres desplegándose en círculo en torno al claro. Pero el presidiario sólo podía oír el ruido. No estaba seguro de lo que era, y le entró el pánico.
Pero el presidiario lo había sujetado y apretaba furtivamente su rostro contra el suelo . El pequeño cuerpo se debatió y pataleó y luego, súbitamente, se aflojó y yació muy quieto.	Pero el presidiario le había agarrado y le apretaba sigilosamente la cara contra el suelo . El chico se retorció y pataleaba, y luego, de pronto, se quedó laxo y completamente inerte.
El presidiario vio que estaba atrapado ; retrocedió contra el tronco del árbol de Jep y se puso a gemir.	El presidiario se vio atrapado ; se apoyó en el tronco del árbol donde estaba Jep y rompió a gemir.
Y luego todo había terminado . Jep aulló y los hombres alzaron los brazos para recogerlo. Saltó y aterrizó ileso en brazos de uno de los hombres. El presidiario lloraba esposado.	Y acto seguido terminó todo. Jep gritó y los hombres tendieron las manos para prender al presidiario, que saltó y fue a caer , sin hacerse daño, en los brazos de uno de ellos. El presidiario estaba esposado y lloraba.
Uno de los hombres estaba inclinado sobre él.	Uno de los hombres se inclinaba sobre él.
Entonces Jep se echó a reír. Reía histéricamente, y por sus mejillas corrían lágrimas saladas y cálidas .	Fue entonces cuando Jep se echó a reír; y siguió riendo histéricamente mientras las lágrimas calientes y saladas le resbalaban por las mejillas.

El pantano del terror (traducción Alan Pauls)

—Lo que te digo, Jep, es que si piensas meterte en ese bosque a buscar a ese presidiario has perdido la razón con la que naciste.

El chico que habló era menudo y tenía la cara morena cubierta de pecas. Miraba impaciente a su compañero.

—Escúchame —dijo Jep—. Sé muy bien lo que estoy haciendo, y no necesito ningún consejo de tu sucia boca.

—En verdad creo que estás loco. ¿Qué diría tu madre si se enterara de que estuviste en este bosque espantoso buscando a un presidiario?

—Lemmie, no te estoy pidiendo nada, y menos que me estés encima. Puedes regresar. Pete y yo seguiremos adelante y encontraremos a ese desgraciado, y luego iremos juntos, él y yo solos, y le diremos a toda esa gente que lo está buscando dónde está. ¿No es verdad, Pete? —y palmeó a un perro marrón canela que trotaba a su lado.

Caminaron un poco más sin hablar. El chico llamado Lemmie no se decidía. El bosque estaba oscuro y silencioso. A veces un pájaro aleteaba o cantaba entre los árboles, y cuando se acercaba al río, ellos podían oírlo moviéndose rápidamente entre las rocas y las pequeñas cascadas. Sí, todo estaba realmente silencioso. Lemmie detestaba la idea de volver caminando solo hasta la salida del bosque, pero más detestaba la idea de seguir con Jep.

—Bueno, Jep —dijo por fin—, creo que voy a regresar. No voy a seguir metiéndome en este lugar, no con todos estos árboles y arbustos que ese presidiario puede haber usado para esconderse y saltar sobre nosotros y matarnos.

—De acuerdo, vete, mariquita. Ojalá te agarre cuando estés cruzando el bosque solo.

—Bien, adiós. Supongo que te veré mañana en la escuela.

—Tal vez. Adiós.

Jep pudo oír a Lemmie corriendo por la maleza, los pies furtivos como un conejo asustado. «Eso es lo que es», pensó Jep, «sólo un conejo asustado. Qué pendejo este Lemmie. Nunca debimos traerlo con nosotros, ¿verdad, Pete?».

Lo preguntó en voz alta, y el viejo perro marrón canela, quizás asustado por la interrupción demasiado brusca del silencio, lanzó un ladridito rápido y temeroso.

Siguieron caminando en silencio. Cada tanto Jep se detenía y se quedaba escuchando atentamente el bosque. Pero no oía el menor sonido que indicara la presencia de alguien que no fuera él. A veces llegaban a un claro tapizado de suave musgo verde y sombreado por altos árboles de magnolias cubiertos de grandes flores blancas que olían a muerte.

«Tal vez debí haberle hecho caso a Lemmie. Este lugar realmente da miedo». Contempló las copas de los árboles, entre las que cada tanto aparecían unos parches azules. Estaba tan oscura esa parte del bosque. Casi como si fuera de noche. De pronto oyó un zumbido. Casi en ese mismo instante lo reconoció y se quedó paralizado de miedo; luego, Pete lanzó un aullidito breve y

horrendo que rompió el hechizo. Se dio vuelta: una gran serpiente se preparaba para atacar por segunda vez. Jep saltó lo más lejos que pudo, tropezó y cayó boca abajo. ¡Dios, era el fin! Se obligó a mirar a su alrededor, esperando ver a la serpiente girando en el aire hacia él, pero cuando sus ojos pudieron hacer foco no encontraron nada. Luego vio la punta de una cola y un largo cordón de botones musicales reptando entre los matorrales.

Por unos minutos no pudo moverse; estaba aturdido por la conmoción y tenía el cuerpo entumecido por el terror. Se incorporó por fin sobre un codo y buscó a Pete, pero Pete ya no estaba a la vista. Saltó y empezó a buscar el perro frenéticamente. Cuando lo encontró, Pete había rodado hasta una zanja rojiza y yacía muerto en el fondo, tieso e hinchado. Jep no lloró; estaba demasiado asustado para eso.

¿Qué haría ahora? No sabía dónde estaba. Empezó a correr y luego a llorar como loco a través del bosque, pero no pudo encontrar el camino. Oh, ¿qué sentido tenía? Estaba perdido. Luego recordó el río, pero era inútil. Corría a través del pantano, y por momentos era demasiado profundo para vadearlo, y en verano seguro que estaba infestado de serpientes. Se acercaba la oscuridad, y los árboles empezaban a arrojar sombras grotescas sobre él.

«¿Cómo hará ese presidiario para permanecer aquí?», pensó. «Oh, Dios, ¡el presidiario! Me había olvidado de él. Debo salir de este lugar».

Corrió y corrió. Por fin llegó hasta uno de los claros. La luna brillaba justo en el centro. Parecía una catedral.

«Tal vez si me trepo a un árbol», pensó, «podré ver el campo y encontrar la manera de salir de aquí».

Miró a su alrededor buscando el árbol más alto. Había un sicomoro flaco y erguido que casi no tenía ramas en la base. Pero Jep era bueno trepando. Quizá pudiera lograrlo.

Abrazó el tronco del árbol con sus pequeñas, fuertes piernas, y empezó a impulsarse hacia arriba, palmo a palmo. Trepaba dos pies y bajaba uno. Mantuvo la cabeza hacia atrás, buscando la rama más próxima a la que pudiera abrazarse. Cuando la alcanzó, se aferró a ella y dejó que las piernas soltaran el tronco y quedaran colgando. Por un segundo pensó que se desplomaría. Luego balanceó su pierna hacia la rama cercana y se sentó a horcajadas sobre ella, jadeando. Después de un rato siguió subiendo y trepando, rama tras rama. El suelo se alejaba más y más. Cuando llegó a la cima, alzó la cabeza por encima de la copa del árbol y miró en derredor, pero no pudo ver nada que no fueran árboles, árboles por todas partes.

Bajó hasta la rama más ancha y sólida del árbol. Se sentía seguro allí, tan lejos del suelo. Allí arriba nadie podía verlo. Tendría que pasar la noche en el árbol. Si tan sólo pudiera permanecer despierto y no dormirse. Pero estaba tan cansado que le parecía que todo giraba y giraba a su alrededor. Cerró los ojos un segundo y casi perdió el equilibrio. Salió del trance sobresaltado y se abofeteó las mejillas.

El silencio era tal que no oía los grillos ni la serenata nocturna de las ranas. No, todo era silencio y miedo y misterio. ¿Qué era eso? Saltó, asustado; oyó voces que se acercaban; ¡estaban casi debajo

de él! Miró hacia abajo, hacia la tierra, y pudo ver dos figuras que se movían entre los matorrales. Se dirigían hacia el claro. ¡Oh, gracias a Dios! Debían de ser dos de los rastreadores.

Pero luego oyó una de las voces que gritaba, débil y asustada: «¡Basta! ¡Oh, por favor, déjeme ir! ¡Quiero ir a casa!».

¿Dónde había oído antes esa voz? Por supuesto, ¡era la voz de Lemmie!

Pero ¿qué hacía Lemmie tan adentro en el bosque? Si se había vuelto a su casa. ¿Quién lo tenía en su poder? Todos esos pensamientos se precipitaron en la mente de Jep; luego, de pronto, se le vino encima el sentido de lo que estaba sucediendo. ¡El presidiario prófugo tenía a Lemmie!

Una voz profunda y amenazante cortó el aire: «¡Cállate, mocoso!».

Podía oír el sollozo asustado de Lemmie. Ahora sus voces eran nítidas; estaban prácticamente debajo del árbol. Jep contuvo el aliento con temor. Podía oír los latidos de su corazón y le dolían los músculos contraídos del estómago.

—¡Siéntate aquí, niño —ordenó el presidiario—, y deja de gritar!

Jep vio que Lemmie caía indefenso al suelo y rodaba por el suave musgo, tratando desesperadamente de sofocar sus sollozos.

El presidiario seguía de pie. Era grande y musculoso. Jep no pudo verle el pelo; lo tenía cubierto con un enorme sombrero de paja, uno de los que llevan los presidiarios cuando trabajan en grupo, encadenados.

—Ahora dime, niño —exigió, sacudiendo a Lemmie—, ¿cuántos me están buscando?

Lemmie no dijo nada.

—¡Contéstame!

—No lo sé —contestó débilmente Lemmie.

—De acuerdo. Muy bien. Pero dime: ¿qué partes del bosque han revisado ya?

—No lo sé.

—Oh, maldito seas —el presidiario abofeteó a Lemmie, que sufrió un nuevo ataque de histeria.

«Oh, no, no, esto no puede estar sucediéndome», pensó Jep. «Todo es un sueño, una pesadilla. Despertaré y descubriré que nada de esto ocurrió».

Cerró los ojos y los abrió, en un intento físico de demostrar que todo era sólo una pesadilla. Pero el presidiario y Lemmie estaban allí; y allí estaba él, encaramado en el árbol, demasiado asustado incluso para respirar. Si sólo tuviera algo pesado, podría arrojarlo sobre la cabeza del presidiario y dejarlo seco. Pero no tenía nada. Interrumpió sus pensamientos a mitad de camino, pues el presidiario volvía a hablar.

—Bien, vámonos, niño; no podemos quedarnos aquí toda la noche. La luna también se ha ido; debe de estar por llover.

Y examinó el cielo a través de las copas de los árboles.

A Jep se le congeló la sangre de terror; el presidiario parecía estar mirando directamente la rama en la que él estaba sentado. Lo descubriría de un momento a otro. Jep cerró los ojos. Los segundos pasaron como horas. Cuando por fin tuvo el valor de volver a mirar, vio que el presidiario trataba de levantar a Lemmie del suelo. ¡Gracias a Dios, no lo había visto!

—Levántate, niño, antes de que te dé una paliza —dijo el presidiario.

Sostenía a Lemmie en el aire como una bolsa de papas. Luego, de pronto, lo dejó caer. «¡Deja de llorar!», le gritó. El tono de su voz era tan electrificante que Lemmie enmudeció en el acto. Algo estaba ocurriendo. El presidiario estaba de pie junto al árbol, escuchando atentamente el bosque.

Entonces lo oyó también Jep. Algo se acercaba a través de los matorrales. Oyó un chasquido de ramas y matas arañadas. Desde donde estaba sentado pudo ver qué era. Diez hombres cerraban un círculo alrededor del claro. Pero el presidiario sólo podía oír el ruido. No estaba seguro de qué sucedía; sintió pánico.

—¡Estamos aquí! —aulló Lemmie—: ¡aquí...!

Pero el presidiario lo había sujetado y apretaba furtivamente su rostro contra el suelo. El pequeño cuerpo se debatió y pataleó y luego, súbitamente, se aflojó y yació muy quieto. Jep vio cómo el presidiario retiraba su mano de la parte posterior de la cabeza del chico. Algo sucedía con Lemmie. Luego Jep lo comprendió en un fogonazo, como si simplemente lo supiera: ¡Lemmie estaba muerto! ¡El presidiario lo había asfixiado hasta matarlo!

Los hombres dejaron de acercarse en puntas de pie e irrumpieron furiosamente a través de la maleza. El presidiario vio que estaba atrapado; retrocedió contra el tronco del árbol de Jep y se puso a gemir.

Y luego todo había terminado. Jep aulló y los hombres alzaron los brazos para recogerlo. Saltó y aterrizó ileso en brazos de uno de los hombres.

El presidiario lloraba esposado.

—¡Maldito niño! ¡Todo por su culpa!

Jep miró hacia Lemmie. Uno de los hombres estaba inclinado sobre él. Jep oyó que se volvía hacia el hombre que estaba a su lado y le decía:

—Sí, está muerto.

Entonces Jep se echó a reír. Reía histéricamente, y por sus mejillas corrían lágrimas saladas y cálidas.

Terror en el pantano (traducción **Jesús Zulaika Goicoechea**)

—Bien, pues te digo, Jep, que si te vas a meter en estos bosques en busca de ese presidiario no te queda ni pizca del buen sentido con que venimos al mundo.

Quien hablaba era un chico menudo, de cara morena y pecoso, que miraba con ansiedad a su compañero.

—Oye —dijo Jep—. Sé muy bien lo que hago, y no necesito ningún consejo tuyo. Ni esa boca insolente, tampoco.

—Chico, creo que estás loco. ¿Qué diría tu madre si supiera que estás aquí metiéndote en este bosque tenebroso en busca de un presidiario?

—Lemmie, no te pido que me digas lo que tengo que hacer, ni te pido que te pegues a mí como una lapa. Puedes volverte... Pete y yo vamos a seguir y vamos a encontrar a ese viejo buitre... Y luego los dos, él y yo, vamos a ir a decirles dónde está a los que lo están buscando. ¿Verdad, Pete, camarada?

Dio unas palmaditas a un perro de color café y canela que trotaba a su lado.

Caminaron unos metros más en silencio. El chico llamado Lemmie no sabía bien qué hacer. Los bosques estaban muy oscuros y silenciosos. A veces un pájaro revoloteaba o cantaba en los árboles, y cuando el sendero se acercó al riachuelo oyeron cómo la corriente fluía con rapidez sobre las rocas y las pequeñas cascadas. Sí, ciertamente, todo estaba demasiado silencioso. Lemmie odiaba pensar que tenía que volver solo hasta la linde exterior del bosque, pero la idea de seguir con Jep se le antojaba aún más odiosa.

—Bueno, Jep —dijo por fin—. Creo que me vuelvo. No voy a adentrarme ni un metro más en este sitio, con todos esos árboles y arbustos donde puede estar escondido el fugitivo, y saltarte encima desde detrás de cualquiera de ellos y dejarte más muerto que una piedra.

—Sí, vuélvete, miedica... Espero que ese buitre te pille cuando estés volviendo por el bosque tú solo.

—Bien, pues adiós. Supongo que te veré en el colegio mañana.

—Quizá. Adiós.

Jep oyó cómo Lemmie apretaba el paso entre la maleza, cómo sus pies corrían como un conejo asustado. «Eso es lo que es —pensó Jep—, un conejo asustado. Qué niño es Lemmie. No le deberíamos haber dejado venir con nosotros, ¿eh, Pete?»

Esto último lo dijo en voz audible, y el viejo perro de color café y canela, tal vez amedrentado por aquella súbita ruptura del silencio, dejó escapar un pequeño ladrido rápido, asustado.

Siguieron caminando en silencio. De cuando en cuando Jep se detenía y escuchaba atentamente los sonidos de la espesura. Pero no alcanzaba a oír nada que indicara más presencia hollando el bosque que la suya. A veces llegaba a un claro con el suelo cubierto de suave musgo verde, bajo la sombra de grandes magnolios llenos de enormes flores blancas... con olor a muerte.

—Creo que quizá tendría que haber hecho caso a Lemmie. Esto es tenebroso de verdad...

Miró a lo alto de las copas de los árboles, y aquí y allá vio retazos de azul. Estaba tan oscuro en aquella parte del bosque... Prácticamente parecía de noche. De pronto oyó una especie de runrún. Casi al instante supo lo que era; se quedó paralizado de miedo, y Pete lanzó un breve, pavoroso aullido que rompió el hechizo. Se volvió y allí estaba: una gran serpiente de cascabel en posición de atacar de nuevo. Jep saltó todo lo lejos que pudo, trastabilló y cayó de bruces. ¡Oh, Dios! ¡Era el fin! Forzó los ojos para mirar en torno, convencido de que la serpiente rasgaba ya el aire para caer sobre él, pero cuando su mirada enfocó por fin vio que no había nada. Y luego vio la punta de una cola de cascabel reptando hacia el interior de la espesura.

Durante varios minutos no pudo moverse; estaba aturdido y conmocionado, y tenía el cuerpo entumecido por el terror. Al final se aupó sobre un codo y buscó a Pete, pero Pete no estaba a la vista en ninguna parte. Se levantó de un brinco y se puso a buscar frenéticamente a su perro. Cuando lo encontró, vio que Pete había rodado por una barranca roja y yacía muerto en el fondo, todo rígido e hinchado. No gritó; estaba demasiado asustado para poder hacerlo.

¿Qué haría ahora? No sabía dónde estaba. Echó a correr, y luego se abrió paso a la desbandada entre la maleza, pero no pudo encontrar el sendero. Pero ¿de qué iba a servirle? Se había perdido. Entonces se acordó del riachuelo, pero tampoco eso le sería de mucha ayuda. Surcaba el pantano, y había trechos demasiado profundos para vadearlos; además, en verano, sin duda estaría todo infestado de serpientes mocasín. Se acercaba la noche, y los árboles empezaban a proyectar sombras grotescas a su alrededor.

«¿Cómo podrá ese viejo aguantar todo esto? —pensó—. ¡Oh, Dios mío, el presidiario! Me había olvidado de él por completo. Tengo que salir de aquí.»

Corrió y corrió. Al final llegó a uno de los claros. La luna bañaba justo el centro. Parecía una catedral.

«¿Y si me subo a un árbol? —pensó—. Podría divisar los campos y ver cómo llegar a ellos.»

Miró alrededor para ver cuál era el árbol más alto. Un sicómoro recto y liso, sin ramas en la parte más baja. Pero él era un buen trepador. Tal vez lo consiguiera.

Se aferró al tronco con sus piernas pequeñas y fuertes, y empezó a impulsarse hacia arriba, pulgada a pulgada. Subía medio metro y resbalaba la mitad. Mantenía la cabeza echada hacia atrás, para mirar hacia arriba en busca de la primera rama a su alcance. Cuando llegó a ella, la agarró y dejó que las piernas le colgaran libres del tronco. Por espacio de un minuto pensó que iba a caerse, allí colgado pateando el vacío. Pero se impulsó hacia arriba y alcanzó con una pierna la rama siguiente, y se sentó a horcajadas en ella, jadeante. Al poco reinició el ascenso, rama a rama. La

tierra se alejaba más y más. Cuando coronó la copa, sacó la cabeza entre las hojas más altas y miró en torno, pero no alcanzó a ver sino árboles por todas partes.

Bajó hasta la más ancha y fuerte de las tres ramas de abajo. Allí arriba, con el suelo tan lejos, se sentía a salvo. Allí arriba nadie podía verle. Tendría que pasar la noche en el árbol. Si al menos pudiera seguir despierto y no dormirse. Pero estaba tan cansado que todo lo que había a su alrededor parecía darle vueltas. Cerró los ojos unos instantes y casi perdió el equilibrio. Salió de este aprieto con un sobresalto, y se dio unos cachetes en las mejillas.

El silencio era tal que ni siquiera se oía la serenata nocturna de los grillos ni de las ranas toro. No, todo era silencioso, aterrador y misterioso. ¿Qué había sido aquello? Dio un respingo; oyó voces; se acercaban. ¡Estaban casi al pie del árbol! Miró hacia tierra y vio dos figuras que se movían en la maleza. Se acercaban hacia el claro. ¡Oh, oh, Dios! Tenían que ser del grupo de búsqueda.

Pero entonces oyó que una de las voces, minúscula y asustada, gritaba:

—¡No! ¡Oh, por favor, por favor, deje que me vaya! ¡Quiero irme a casa!

¿Dónde había oído Jep esa voz? No había duda: ¡era la voz de Lemmie!

Pero ¿qué estaba haciendo Lemmie en aquellos bosques? Se había ido a casa. ¿Quién lo tenía apresado? Cruzaban la mente de Jep estos pensamientos y, de súbito, comprendió lo que estaba pasando. ¡El presidiario tenía a Lemmie!

Una voz profunda y amenazadora rasgó el aire.

—¡Cállate, mocoso!

Oyó los sollozos aterrados de Lemmie. Sus voces eran ahora claras; estaban casi al pie del árbol. Jep contuvo la respiración, lleno de espanto. Se oía los latidos del corazón, y le dolían los músculos contraídos del estómago.

—Siéntate aquí, chico —ordenó el presidiario—. ¡Y deja de llorar, maldita sea!

Jep vio cómo Lemmie se derrumbaba, impotente, y se daba la vuelta sobre el suave musgo del suelo, tratando de reprimir los sollozos.

El presidiario seguía de pie. Era grande y de músculos abultados. Jep no pudo verle el pelo; se lo tapaba un enorme sombrero de paja, del tipo del que los reos llevan en las cuerdas de presos.

—Ahora dime, chico —le dijo a Lemmie con un empujón—: ¿Cuánta gente está buscándome?

Lemmie no dijo nada.

—¡Contéstame!

—No lo sé —respondió Lemmie con voz débil.

—Está bien. De acuerdo. Pero dime qué zonas del bosque han rastreado ya.

—No lo sé.

—Maldita sea.

El presidiario le dio una bofetada a Lemmie y éste volvió a echarse a llorar aparatosamente.

«¡Oh, no! ¡No! Esto no puede estar sucediéndome a mí —pensó Jep—. Es un sueño, una pesadilla. Me despertaré y veré que nada de esto es real.»

Cerró los ojos y los abrió, en un intento físico de comprobar que se trataba de una pesadilla. Pero allí estaban, el presidiario y Lemmie; y allí estaba él, encaramado en un árbol, con miedo hasta de respirar. Si al menos tuviera algo muy pesado... Podría tirarlo a la cabeza de aquel hombre y dejarlo fuera de combate. Pero no tenía nada. Dejó sus pensamientos a medias, porque el presidiario volvía a hablar:

—Bueno, vamos, chico. No podemos quedarnos aquí toda la noche. Además, la luna está saliendo... Parece que va a llover.

Escrutó el cielo a través de las copas de los árboles.

Jep, aterrorizado, sintió que se le helaba la sangre en las venas: parecía que le miraba directamente a él (miraba directamente hacia la rama en la que estaba sentado). Iba a verle en cualquier momento. Jep cerró los ojos. Los segundos se le antojaron horas. Cuando por fin hizo acopio del valor suficiente para volver a abrirlos, vio que el presidiario trataba de levantar a Lemmie del suelo. ¡No le había visto, gracias a Dios!

El presidiario dijo:

—Venga, chico, antes de que te dé un porrazo de los buenos.

Sostenía a Lemmie a media altura del suelo, como si fuera un saco de patatas. Y de repente lo soltó.

—¡Deja de llorar! —le gritó.

El tono de su voz fue tan escalofriante que Lemmie dejó de llorar de inmediato. Algo pasaba. El presidiario estaba de pie junto al tronco del árbol, con el oído atento a la espesura.

Entonces Jep lo oyó también. Algo se acercaba a través de la maleza. Oyó como ramitas quebrándose en la tierra y arbustos apartados con brusquedad. Desde donde él estaba se podía ver qué era lo que se acercaba. Eran diez hombres desplegándose en círculo en torno al claro. Pero el presidiario sólo podía oír el ruido. No estaba seguro de lo que era, y le entró el pánico.

Lemmie gritó a voz en cuello:

—¡Aquí estamos! ¡Aquí... aquí está...!

Pero el presidiario le había agarrado y le apretaba sigilosamente la cara contra el suelo. El chico se retorció y pataleaba, y luego, de pronto, se quedó laxo y completamente inerte. Jep vio cómo el

presidiario retiraba la mano de la parte de atrás de la cabeza de su amigo. Algo le sucedía a Lemmie. Y entonces Jep lo vio todo como en un destello, como si lo supiera sin más: ¡Lemmie estaba muerto! ¡El presidiario lo había ahogado contra la tierra!

Los hombres ya no avanzaban con cautela: se abrían paso con furia entre la maleza. El presidiario se vio atrapado; se apoyó en el tronco del árbol donde estaba Jep y rompió a gemir.

Y acto seguido terminó todo. Jep gritó y los hombres tendieron las manos para prender al presidiario, que saltó y fue a caer, sin hacerse daño, en los brazos de uno de ellos.

El presidiario estaba esposado y lloraba.

—¡Ese maldito chico! ¡Todo ha sido por su culpa!

Jep miró a Lemmie. Uno de los hombres se inclinaba sobre él. Jep oyó cómo el hombre se volvía hacia un compañero que estaba a su lado y le decía:

—Sí. Está muerto.

Fue entonces cuando Jep se echó a reír; y siguió riendo histéricamente mientras las lágrimas calientes y saladas le resbalaban por las mejillas.